

LA POSADA DEL SOL AZUL.

CAPÍTULO III.

LA POSADA DEL SOL AZUL.

El sitio en que los fatigados bueyes se detuvieron por sí mismos, sacudiendo con aire de satisfacción los largos filamentos de baba que pendían de sus húmedos hocicos, era un miserable hacinamiento de chozas, que en todo otro sitio menos salvaje no se hubiera pensado en bautizar con el nombre de aldea.

Componíase esta de cinco ó seis cabañas desparramadas debajo de algunos árboles de bastante buen medro, que crecían sobre un poco de tierra vegetal, y cuyo desarrollo favorecían estiércol y detritus de todas clases.

Aquellas chozas hechas de tapias, de rocalla y de troncos medio escuadrados, y cubiertas con grandes techos de rastrojo ennegrecidos por el musgo que llegaban casi hasta el suelo, con cobertizos debajo de los cuales se veían tirados al abandono instrumentos agrícolas cubiertos de lodo, parecían más á propósito para albergar animales inmundos que criaturas

formadas á imágen de Dios; veíanse también algunos marranos compartiendo aquellas míseras viviendas con sus amos, quienes, dando prueba de poco refinada delicadeza, no demostraban experimentar por ello el menor disgusto.

Delante de las puertas había algunas criaturas de voluminoso vientre y color febroso, vestidas con camisas hechas guñapos, demasiado cortas por delante ó por detrás, ó bien con una simple almilla atada con un cordel, desnudez que parecía no molestar su inocencia ni más ni ménos que si hubiesen habitado el paraíso terrenal. A través de los zarzales de su cabellera vírgen de peine brillaban, como ojos de ave nocturna á través de las ramas, sus pupilas fosforescentes de curiosidad. Por su aspecto, se conocía que luchaban con el temor y el deseo; hubieran querido huir y ocultarse detrás de algún seto, pero la carreta y su cargamento les retenían en su sitio con una especie de fascinación.

Un poquito más hácia atrás, sentada al umbral de su choza, veíase una mujer jóven, enjuta, lívida, de ojos color de hollín, que mecía en sus brazos una criatura famélica que exprimía con su ya ennegrecida manecita un pecho seco un pensamiento más blanco que el resto del seno cuyos contornos recordaban todavía algo la mujer jóven en aquel sér degradado por la miseria. Acurrucada al lado de su hija, destacaba la abuela, más encorvada y más arrugada que Hécuba, la esposa de Príamo, rey de Ilion, con la barba apoyada en las rodillas y las manos entrecruzadas sobre las canillas de las piernas, en la posición de un antiguo ídolo egipcio. Sus falanges formando juegos de huesos, sus redes de abultadas venas, y sus nervios estirados como cuerdas de guitarra, daban á sus viejas y curtidas manos el aspecto de una preparación anatómica olvidada de siglos en el armario de un cirujano perezoso. Sus brazos no eran más que bastones sobre los que flotaba una piel apergaminada, con las articulaciones llenas de arrugas semejantes á hachazos. Largos mechones de pelo cubrían su barba; una especie de musgo

blanco obstruía sus orejas; sus cejas, como plantas parietarias á la entrada de una gruta, colgaban delante de la caverna de sus órbitas al fondo de las que dormitaba un ojo medio velado por la floja película del párpado. En cuanto á su boca, las encías se la habían tragado, y el sitio que ocupara sólo podía reconocerse por una estrella de arrugas concéntricas.

A la vista de aquel espantajo secular, el Pedante, que iba á pié, exclamó:

—¡Oh! ¡la horrible, la desastrosa, la maldita vieja! A su lado las Parcas son niñas de teta; está tan confitada en vetustez, es tan obsoleta y mohosa, que ninguna fuente de la juventud podría devolverle el frescor perdido. Es la mismísima madre de la eternidad; y cuando ella nació, si es que jamás vino al mundo, pues su natividad ha debido preceder la creación, el tiempo era todavía un mozalvete. ¿Por qué maese Alcofribas Nasier no la vió antes de sacar á luz su sibila de Panzoust ó su vieja mosqueada por el leon con una cola de zorro? entonces hubiera él sabido las arrugas, grietas, surcos, fosos y contraescarpas que puede contener una ruina humana y hubiese hecho de ella una magistral descripción. Y la bruja ha debido ser bella en su primavera, pues aquella es más horrible vieja que ha sido jóven más hermosa. Aviso á vosotras, señoritas,—prosiguió Blazius dirigiéndose á Isabel y á Serafina que se habían acercado para oírle;—cuando pienso que bastarán una sesentena de inviernos arrojados sobre vuestras primaveras para convertirnos en tan inmundas, abominables y fantasmagóricas viejas como esta momia escapada de su ataud, me aflijo de veras y me siento inclinado á mirar con propicios ojos mi carantamaula, que no podrá nunca trasformarse de esta suerte en larva trágica, pues, por el contrario, adquiere con los años mayor perfección su fealdad, cómicamente hablando.

Las jóvenes no gustan de que se les presente, aun á la distancia más nebulosa, la perspectiva de ser viejas y feas, que es lo mismo. Así es que las dos comediantas volvieron las

espaldas al Pedante haciendo un ligero movimiento de hombros desdeñoso, como quien está acostumbrado á semejantes necedades, y acercándose á la carreta, de la que descargaban los equipajes, vigilaron que no les manoseasen los objetos de su pertenencia; nada tenían que contestar al Pedante. Blazius, sacrificando anticipadamente su propia fealdad, subterfugio de que el cómico se valia á menudo para herir sin ser herido, habia suprimido toda réplica.

La casa delante la cual los bueyes se habian parado con este instinto de los animales que no olvidan jamás el sitio donde han encontrado comida y paja en que echarse, era una de las más grandes de la aldea, y se levantaba con cierta firmeza orilla del camino, de donde las otras chozas se apartaban como avergonzadas de su pobreza y ruina, y cuya desnudez cubrian con algunos puñados de hojarasca como muchachas feas sorprendidas en el baño. Con la conciencia de ser la mejor y más vistosa casa del lugar, la posada parecia querer provocar las miradas, y su muestra tendia los brazos á través del camino, como para detener los viandantes «á pié y á caballo.»

Aquella muestra, que salia de la fachada en forma de horca en la que en caso de necesidad se hubiera podido colgar á un hombre, consistia en una plancha de hierro batido tomada de orin que obedecia chillando á todos los vientos.

Un pintor de brocha gorda habia chafarrinado en ella el astro del dia, no con su faz rubicunda y su cabellera de oro, sino con un disco y rayos azules á modo de esas «sombras de sol» de que el arte heráldico salpica alguna vez el campo de sus blasones. ¿A qué obedecia la eleccion del «sol azul» para muestra de aquella posada? Hay tantos soles de oro en las carreteras que no se les distingue uno de otro, y un poco de singularidad no sienta mal en una muestra. Empero no era este el verdadero motivo, aunque pudo parecer plausible. El pintor que habia trazado aquella imagen no tenia en su paleta otro color que el azul, y para proveerse de ellos hu-

biera tenido necesidad de trasladarse á alguna ciudad de importancia. Así es que encomiaba la preexcelencia del azul sobre todos los demás colores, y pintaba con este matiz celeste leones, caballos y gallos en las muestras de distintas posadas, lo que le hubiera valido alabanzas de los chinos, que tanto más tienen en estima al artista cuanto más se aleja de la naturaleza.

La posada del *Sol azul* estaba cubierta de tejas de color oscuro unas, bermejas todavía las otras, atestiguando reparaciones recientes, que eran garantía segura de que el agua del cielo no penetraba en los aposentos de la misma.

La pared que miraba al camino estaba cubierta de gruesa capa de cal que disimulaba las grietas y los deterioros, y daba á la casa cierto aspecto de limpieza. Las vigas del armazon, formando X y rombos, estaban pintadas al estilo vasco. En las otras fachadas se habia abandonado este lujo, y los tonos terrosos de las paredes aparecian en su primitivo color. Méenos salvaje ó méenos pobre que los demás habitantes de la aldea, el posadero habia hecho algunas concesiones á las delicadezas de la vida civilizada: la ventana del comedor tenia vidrios, cosa rara en aquella época y en aquel país; los demás vanos estaban cubiertos con cañamazos ó papel untado con aceite, ó se cerraban por medio de un postigo pintado del mismo rojo sangre de buey que las armaduras de la fachada.

Un cobertizo anejo á la casa podia albergar cómodamente los vehículos y las bestias.

Abundantes cabelleras de heno pasaban entre los barrotes del pesebre como á través de los dientes de monstruoso peine, y largos pilones, abiertos en añosos troncos de abeto colocados sobre estacas, contenian el agua méenos fétida que habian podido proporcionar los pantanos vecinos.

Con razon pues pretendia maese Chirriguirri que en diez leguas á la redonda no existia otra posada con habitaciones tan cómodas, tan abastecida de provisiones y vituallas, donde pudiese el viajero calentarse en mejor fuego, ni dormir en